

tantas tempestades y tormentas, y tan terribles como en el mar deste mundo padeció; porque los que bien lo miran, por todas partes les parece que era imposible durar en ellas ningún navío sin hundirse y anegarse. La misma ó semejante admiración cayó en Esaias cuando había de tratar de la pasión del Señor, que comienza con un gran preámbulo, temiendo que no había de ser creída cosa tan difícil como la pasión del Señor, habiendo pasado en el sexto capítulo, sin preámbulo, misterio tan alto como ver á Dios en su majestad, con ser cosa tan grave, y de que algunos doctores afirman haber sido la ocasión que el rey Manasés le liciese con tanta crueldad quitar la vida, aserrándole por medio y diciendo que era blasfemo, porque decía que había visto á Dios, siendo, como es, invisible, como se dice en el *Exodo*. Con todo, no usa de proemio, pero en el capítulo 53 usa dél, por la gravedad de la pasión que en él trata.

De donde se saca cuán poca razón tuvo san Juan Crisóstomo si quiso decir que mayores tormentos habían padecido que Cristo sus apóstoles, porque lo que de san Pablo trae, que estaba cumpliendo lo que faltaba á las pasiones de Cristo en su carne por el cuerpo místico, que es la Iglesia, este lugar tiene muchas declaraciones acerca de los santos: unos entienden de la predicación del Evangelio, en que san Pablo entendía, la cual era necesaria para que la misma pasión nos aprovechase; otros que del cuerpo místico de Cristo faltaba lo que habían de padecer los miembros, lo uno porque no nos quiso librar del todo de nuestras pasiones por nuestro bien, lo otro porque quería que su pasión, aunque copiosa y infinita, fuese ayudada de la de los santos para el tesoro de la Iglesia, para su dignidad dellos, aunque todo redundaba en gloria del mismo Señor. Así como cuando un príncipe vestido llanamente no va menos honrado, sino más, porque sus criados vayan en su compañía vestidos de oro, perlas y recamados, porque todo aquello sale de la hacienda del mismo príncipe, así los santos, que hacen mayores milagros, dan con ellos gloria á Dios, por cuya virtud y con cuyo caudal se hacen. Y aunque esto tiene también verdad en los trabajos que ellos padecían, pues con favor y ayuda de costa del cielo se padecían, no me parece que es tan acertado sentir de los trabajos que fueron mayores, como de los milagros; porque siempre escogió el Redentor para sí los trabajos, y para nosotros el descanso, á lo menos el alivio en los que se padecen, y antes quiso sacarnos afuera dellos que salirse él, aun dándonos tanto favor y consuelo, en que se muestra más la fuerza de su amor. Y así, padeció él porque nosotros no padeciésemos, á lo menos cuanto merecíamos. De donde parece que san Juan Crisóstomo, ó no se debe seguir aquí, ó lo que más creo es que solo quiso decir que ellos padecieron más cosas en número y en tiempo que el Redentor; y el recelo que tuvo de ser notado fué porque, aun así, parece sentencia atrevida para decirse, por la reverencia que á la pasión del Redentor se debe.

§. V.

De la paciencia con que el Redentor padeció sus trabajos y tormentos.

En todos los trabajos que el Redentor del mundo padeció, como eran para ejemplo nuestro, puso al pie de cada uno el testimonio de su paciencia y mansedumbre, como cada uno podrá hallar fácilmente, si con atención y con deseo de imitarle los leyere. Porque no solo callaba en algunos dellos, mas aun daba señales de alegría, respondiendo con algún nuevo beneficio al injuriador, como fué cuando en sus santas barbas le dijeron que mentía; á lo cual respondió con enseñarles la verdad, y declarándoles la que había dicho. Gran descortesía fué la que los de Samaria le hicieron cuando, llegando de camino y cansado, no le quisieron dar posada ni abrir la puerta; de que los discípulos tomaron tanto enojo, que le pidieron que bajase fuego del cielo y los abrasase, como á gente de poca caridad y descomedida; pero su respuesta fué clementísima, diciendo: No sabéis con quién vivís ni con quién andáis; el Hijo del hombre no vino á matar las almas, sino á salvarlas de la muerte. Y aun san Jerónimo pasa adelante. Todo es argumento de lo que decimos. Dice que el negar los samaritanos á Cristo la posada, aunque fué descortesía, y grande, pero fué providencia particular del mismo Señor, que iba de camino á padecer, y permitió que no le diesen posada, porque con ocasión de detenerse en ella no se dilatase su muerte, que de buena gana iba á padecer. También es gran señal de su paciencia llamar amigo al traidor y restituir la oreja á Malco, siervo de los ministros de su prendimiento, y la reprensión que sobre habérsela cortado dió á san Pedro, y la sentencia dada en aquella coyuntura contra los que ponen mano á la espada y matan con ella en medio de tantas injurias y malos tratamientos como en aquella hora recibía de mano de aquellos á quien hacía este favor. Pues al mal siervo que delante del Pontífice le dió la bofetada se volvió mansísimamente y le hizo como juez suyo y de sus palabras; que aun á la más fina paciencia de los santos hace ventaja la suya, en que, como no hay agua tan clara que meneando el cántaro no levante el suelo, así es el hombre. Pero Cristo no tenía asiento; y así, por más que le provocasen, siempre el agua era clara. Cuando fué coronado de espinas dió un raro ejemplo de paciencia á los que somos, cuando nos hacen mal, inclinados á ver ó saber quién nos le hace, escondiéndonos por otra parte y olvidándonos de los bienhechores: cosa que á Dios enoja mucho. Y por esto, cuando dice en el libro del *Génesis*: Yo sé que ha de ser este pueblo peregrino en tierra ajena, no le dice cuál es la tierra, porque no comience desde luego á cobrar la enemistad; y de aquí es la que él tiene con el que siembra discordia entre los hermanos, que es avisalles con verdad ó sin ella de quién trata de hacerles mal, con que suelen indignarse y cobrar contra ellos odio y rencor; pero el Redentor del mundo, al tiempo que con diabólico atrevimiento y con manos sacrilegas le han de dar de bofetadas, según nota y advierte el bienaventurado doctor san Buenaventura, ordena que le pongan un paño delante de los ojos para no ver ni co-

nocer á quien le daba. No porque así como así no lo viese y conociese, pues era Dios verdadero y su juez, que había de juzgar aquel pecado con los demás, sino para nuestro ejemplo, que con semejante paciencia suframos nuestras injurias y afrentas, que no queramos ver de quién las recibimos. Por estas podemos sacar y conjeturar otras que el Señor, no solo con paciencia sufrió, mas las pagó luego con buenas obras; pero en las demás y en estas, bien se entiende cuánta tuvo, pues el Profeta nos dice que estuvo á todas como un cordero cuando le trasquilan, sin abrir su boca; lo cual dice también el apóstol san Pedro, y es una de las mayores señales de paciencia; porque, como dicho queda, tiene esta virtud por condicion ser muda cuando recibe injurias.

Y lo que más prueba la grandeza desta paciencia, es el recibir los trabajos y injurias, no solo con ella, sino con alegría y agradecimiento, como suelen acá los hombres recibir un gran beneficio, por lo cual los hacía él grandes en retorno dellos, como á quien no parecía hacerle injuria, sino ayudarle y servirle á su pretension, que es lo que el bienaventurado san Leon papa dice, hablando á este propósito: Admitió el Señor las manos impías y sacrilegas de aquellos furiosos enemigos contra sí; las cuales por el mismo caso y al tiempo que obran su maldad sacrilega, ayudaban y servían al Redentor, y llegaba á tanto esta alegría y buena voluntad con que sufría los trabajos, que con ser tanto el dolor que en su santa cabeza causaban las espinas de la corona, le parecen goticas de rocío en el libro de los *Cantares*; cuando llama á la puerta del alma su requebrada, y dice: Abreme, hermana, que vengo con la cabeza llena de rocío, y mis cabellos goteando con las gotas de la noche. No llevaba el Señor la cabeza hasta la cruz con rocío, sino con mucha sangre y dolor; si no significa la gana y amor con que lo padeció, y que aquel era un pequeño trabajo para él, como lo suele ser á un enamorado un pequeño sereno y unas gotas de rocío, á trueque de hablar á sus queridas desposadas.

Pero el mayor encarecimiento de todos, con que se muestra adónde llega la paciencia del Señor, es en la que san Agustín, san Crisóstomo y Tertuliano convienen, que es decir que fué tanta, que otro que Dios no la podía tener tan grande. San Agustín dice que cuando, estando en la cruz, le decían que bajase della, y que le daban su fe y palabra de creerle toda su doctrina; y con serle tan fácil el bajar, y ser la cosa que él más deseaba el ser creído de aquella gente, y por quien había hecho tantos milagros tan poderosos, y por quien padecía muerte tan ignominiosa, nunca lo quiso hacer, por parecerle, y ser ello así, que tan gran paciencia como la suya, en tan grandes dolores y afrentas, era más poderosa para convertir un alma bien considerada que aquel milagro que ellos pedían ni otros mayores. Y así dice esta razón san Agustín en estas breves palabras: Porque quería enseñar la paciencia dilatada la omnipotencia. Y así sucedió: que ningún milagro vió el buen ladrón que más fuerza le hiciese ni más apretado garrote diese á su infidelidad como la paciencia de Cristo inocente en tantos males. Esta convirtió también al Centurion, que entonces, cuando dió Cristo

E.XVI-L.

la gran voz con que espiró, entendió ó echó de ver la grandeza de sus tormentos y dolores; y esta misma convirtió á los que, dándose golpes en los pechos, se volvieron á la ciudad llorando sus pecados. De manera que desto y de lo que el demonio entendió cuando quiso espantar á la mujer de Pilato, se entiende lo que estos santos dicen, que de la paciencia de Cristo (por ser tan grande) se entendía su divinidad; pues ningún hombre puro pudiera llegar á tenerla, como Tertuliano dice.

Pero esta misma verdad se colige del viejo Testamento cuando el ángel luchó una noche con el patriarca Jacob, y quedó vencido; del cual dice el profeta Oseas que acabando de vencer al ángel cobró esfuerzo y lloró y le pidió mercedes, y se las hizo, que le bendijo. Es paso dificultoso de entender por qué razón lloró Jacob en esta ocasión. Pero sacamos desta dificultad el bienaventurado san Isidoro, diciendo que aquella lucha de Jacob y el ángel era expresa figura de la lucha entre Cristo y los judíos, en la cual aquella gente prevaleció contra Cristo (y así lo dice el texto, que estando pidiendo á voces la muerte ante Pilato, dice que prevalecieron sus clamores). Y que viendo esta lucha el patriarca por espíritu de profecía, lloró, y con razón, viendo que sus descendientes habían de tener contra Dios encarnado tanto atrevimiento. Y habiendo llorado este caso, rogó al ángel que con todo eso no negase á aquel atrevido y desconocido pueblo su bendición. Lo cual alcanzó, pues á la Virgen, apóstoles y á los mártires y otros santos de la primitiva iglesia que dél descendían, enriqueció de tantas riquezas. Esto dice san Isidoro, y es certísimo, que el ángel con quien Jacob allí luchó era el Hijo de Dios, y allí se dice ángel porque, allende de que en muchas partes aparecía el mismo Hijo de Dios ángel del Testamento en la figura que solían aparecer los ángeles, como es común sentencia de los santos; y así habla en persona de Dios primera muchas veces, y no tercera, como lo hizo en la zarza y en el monte de Sina. Pero en este lugar dícelo expresamente el concilio Sirmiese, determinándolo debajo de anatema. Y el haber alcanzado este beneficio y bendición figuró el haberle Dios asegurado y favorecido en la guerra que hizo contra los sichimitas, matándolos por el pecado que hizo el príncipe dellos contra su hija Dina, donde, por ser ellos pocos y en tierra de los mismos enemigos, se vió él y sus hijos en grandísimo peligro. Ahora á nuestro propósito dice el texto en el *Génesis* que entonces, alcanzada esta merced, dice Jacob que vió á Dios. Quiere decir que le conoció; y las señas fueron en que, acabado de recibir tanto daño, ofensas y muerte afrentosa de sus descendientes, hace luego mercedes en pidiéndoselas. Que así como el Jacob era figura de los judíos, sus descendientes, y su vitoria lo era de la que ellos, permitiéndolo Dios, habían de tener contra su Hijo, así las mercedes que el ángel le hace, quedando vencido de Jacob, es figura de las que el Redentor hizo ó había de hacer á los mismos judíos, que contra él prevalecieron; y así como él conoció en esto á Dios, así conocemos serlo el que á esta coyuntura hace tantas mercedes á los que le maltratan.

Pues si así es que Cristo nuestro Redentor en sus trabajos y afrentas nos fué dado por dechado y ejemplo de paciencia, y él la tuvo tan por el cabo; volviendo al principio, hagamos lo que san Pablo dice, que dejando la carga de congojas y cuidados que apesgan el corazón y le detienen su camino, corramos á la pelea, poniendo los ojos en Cristo, autor y perfeccionador de la fe, que, haciendo poco caso de las afrentas, sufrió la cruz. Donde allude san Pablo, ó á los que sacan alguna letra ó pintura, y son aprendices, que tienen la pluma en la mano y los ojos en la materia ó dechado, ó alude á los que, teniendo la cabeza flaca, pasan algún río, que ponen los ojos en alguna cosa firme de la otra parte, no mirando al agua por no desvanecerse y caer. Así ha de hacer el cristiano en las aguas deste mundo, que son los trabajos dél; que si mira á la variedad dellos y cómo suceden unos á otros, y á la inconstancia del mundo, se desvanecerá la cabeza flaca y caerá. Por eso conviene poner los ojos en la firmeza que el Señor tuvo en sus trabajos toda la vida, para que así pueda salir sin daño de los suyos, cuanto mas que cuando no hubiera mas bien que tener en ellos por compañero á Cristo, estaban bien pagados. De Alejandro, rey de Macedonia, se cuenta que, viniendo muy altivo de conquistar y ganar muchos reinos de Oriente, le enviaron los de Corinto á ofrecer la vecindad de su ciudad, y sonriéndose él y despreciando aquel presente, le replicó uno de los embajadores: Pues no lo tengais, Señor, en poco; que á solo Hércules se ha dado, y á vos agora ofrecido. El Rey entonces, como era ambicioso y amigo de gloria, viendo que no lo era poca ser en algo compañero solo con Hércules, que tenían entonces por medio dios, lo aceptó de buena gana. Así, aunque en el mundo la paciencia en los trabajos sea menospreciada, y aun huida y condenada dél, no la condenes tú, sino abrázala como cosa muy preciosa y honrosa, por tener en ella por compañero no menos que á Jesucristo, verdadero Dios. Semejante fué lo que Plutarco en sus *Apophtegmas* cuenta de Focion, hombre griego, estimado y valiente, que, llevándole por malicia de sus émulos condenado á muerte, dijo á otro que con él iba condenado, consolándole: ¿No te basta, Tudippo (que este era el nombre del compañero), que mueres con Focion? ¿Cuánto con mas razon puede decir el cristiano: Bástame padecer y morir en compañía de Jesucristo? Lo cual por otras palabras nos dice el *Eclesiástico*: Gran gloria es seguir al Señor. Quanto mas que el que envia el trabajo es, no solo compañero, sino autor de la misma paciencia; de manera que á los hombres impacientes y mal sufridos podríamos decir aquellas palabras que san Pablo dice á los de Galacia, aunque en otro sentido: Oh locos cristianos, ¿quién os ha hechizado ó aojado, ante cuyos ojos Cristo Jesus está crucificado? Como quien dice: Ciegos estáis ó hechizados, pues viendo al Hijo de Dios cosido en una cruz, sin parte de su cuerpo que no esté lastimada, y con tanta paciencia como un cordero, y puesto así para reprimir vuestra impaciencia y cólera, no la tengais con todo eso. ¿Quién hay que, considerando bien la paciencia de Cristo, tenga brio ni atrevimiento para osar chistar en sus trabajos? Pues esta fué tanta, que

las piedras se corrieron de su propia dureza, y como fué tan sobrenatural, se cortió la misma naturaleza, y escurciéndose el sol, se cubrió su rostro.

No quiero cerrar este discurso con otras palabras sino con las que della dice el gran Tertuliano, hablando del Señor: ¿Qué diré (dice) de aquella paciencia de Dios, que en la tierra tocamos como con las manos? Sufrió nacer del vientre de una mujer, espera la edad y crece, después de grande no desea ni procura ser conocido, para sí solo fué injurioso, déjase bautizar de su siervo, y cuando se ofrece pelear con el tentador, con solas palabras se contenta vencerle; cuando siendo Señor se hizo Maestro, enseñando al hombre á escapar la muerte por alcanzar salud, aunque ofendida la paciencia, no fué porfiado ni vocinglero; no oyó nadie sus voces en las plazas, no acabó de quebrar la caña cascada ni apagó la pavesa que tuviese algun humito, porque no habia mentido el Profeta, ó por mejor decir, el testimonio del mismo Dios, cuando puso en él su espíritu con toda paciencia; á ninguno despidió ni desechó, que quisiese seguirle; no negó su presencia á nadie que le convidase á su mesa ó casa, antes él se humilló á lavar los piés de sus discípulos; no despreció publicanos ni pecadores, ni aun con aquella ciudad se enojó, que no quiso recibirle, aunque los discípulos quisieran poner fuego á pueblo tan mal mirado; curó á los ingratos, perdonó á los calumniadores y acechadores de su vida, y esto es poco, pues que al traidor que le vendió tuvo consigo y no le descubrió. Pues cuando le venden, cuando le prenden, va como una oveja al sacrificio, que no abrió su boca mas que un cordero en manos del trasquilador; él, que si quisiera pudiera traer del cielo ángeles á legiones en su ayuda, no quiso consentir ni aprobar ni aun un cuchillo de un discípulo en su favor; en Malco fué herida la paciencia del Señor, de manera que para adelante maldijo los hechos de la espada; y él satisfizo con la paciencia, madre de la misericordia, al que no habia herido, restituyéndole la sanidad. No digo que fué enclavado en la cruz, que á eso habia venido; pero ¿qué tiene que ver muerte con afrentas, pues podia morir sin ellas? Pero quiso tener á la partida tan buen sainete como el de la paciencia. Escúpenle, azótanle, burlan dél, vistenle de andrajos, y después, como á loco, con vestiduras feas y con mas feas le coronan: ¡Oh gran testimonio de igualdad de ánimo. Él, que vino á esconderse debajo de la figura de hombre, ninguna impaciencia del hombre quiso imitar. En esto, ó á lo menos principalmente, ¡oh fariseos! debierades de haber conocido al Señor, en que tal paciencia como la suya ningún hombre puro pudiera tenerla. Tales documentos como estos y tan grandes (la grandeza de los cuales suele ser acerca de los infieles mengua de nuestra fe, y para nosotros los cristianos, instruccion y doctrina) manifestamente prueban, no solo enseñando por palabra, sino en el padecer del Señor, á los que es dado el creer que la paciencia de Dios es una cierta naturaleza y grandeza de divina y natural propiedad. Hasta aquí Tertuliano.

DISCURSO IX.

De la paciencia en los trabajos, á imitacion de la que con los pecadores tiene el mismo Dios.

Para cerrar este quinto libro y concluir los ejemplos dél, no hay mas donde subir sino á mirar la paciencia que segun la divina naturaleza tiene Dios con los pecadores, de quien dice san Agustin que la mayor alabanza desta virtud es que la tiene el mismo Dios, aunque se ha de entender, como él mesmo allí declara, como cuando en Dios ponemos nuestros afectos; pero quitadas las imperfecciones que en nosotros tienen, solo considerados los efectos que en nosotros suelen causar; porque, así como Dios tiene cólera sin imperfeccion cuando castiga como el colérico y airado, y tiene celos sin envidia cuando se venga como el celoso, y misericordia sin dolor cuando se apiada de nuestras miserias, así tiene paciencia sin pasion y sin poder tenerla; pero hay aquí una maravilla: que se compadezca con su justicia y sus enojos el tener paciencia y esperar, y esto en tanto grado, que estando delante de los pecadores cuando le ofenden, no solo los sufre, pero los sustenta; y no solo eso, sino en los mismos pecados los alumbrá con su sol, y tras esto, por dejellos mas libertad, dice mil veces que se ausenta, quedando allí tan presente, que ni el pecador podria vivir sin él ni cometer aquel acto feo del pecado si él no estuviese presente. Por eso dice Tertuliano que la paciencia en Dios es una propiedad natural de su naturaleza.

Esta paciencia de Dios nos da á entender en muchas partes la Escritura: unas veces se llama tardo y perezoso para enojarse, otras dice que tiene Dios largas narices, para decir que tarda mucho en subirsele la cólera ó mostaza dellas. Y esto dió á entender cuando dice que venia despacio y paseándose cuando vino á castigar á Adán. En un salmo dice que Dios es juez justo, fuerte y sufrido: juez, porque es Señor de todo; justo, porque ninguna cosa torcerá la vara de su justicia; fuerte, porque nadie le puede ir á la mano para que no la haga; pero, con todo esto, es sufrido. Y da la razon Lactancio, diciendo que si luego nos castigase cuando le ofendemos, ya se habria acabado el mundo, porque apenas hay hora que no pecamos; y así, ninguno hoiiera llegado á vivir veinte años. Esta mesma razon da san Juan Crisóstomo en muchos lugares, y el uno es en la homilía 49 de las que al pueblo de Antioquia hizo, en la cual lo dice dos veces, y en la segunda dice que si luego tras el pecado enviase el castigo, ¿cómo se salvara san Pablo, cómo tambien san Pedro, que fueron los maestros y predicadores de toda la redondez del mundo, cómo se salvara David por la penitencia? Cómo se salvaran los de Galacia, y otros muchos? Así que dice: No todos los pecados castiga en esta vida ni todos en la otra, sino parte castiga aquí para despertar los flojos y dormidos. Léese que castigó á los que cogió la torre de Siloe y á los que Pilato mató, mezclando su sangre con la de los sacrificios; y á Faraon y á otros, agora y entonces; y que á otros dejó como al rico avariento, y á otros muchos hácelo para despertar los que no creen las penas que están por venir, y avivar á los que creen y son algo perezosos; pero que si usamos mal de la paciencia, ni una hora nos es-

perará con el castigo. Lo mesmo dice en otra parte, que espera y sufre Dios á los pecadores, si no por ellos, por lo que dellos ha de nacer: Idólatra era Taré, siervo y autor de los ídolos, pero sufrió por Abraham, que dél habia de nacer. ¿Qué cosa mas mala y sin vergüenza y mas aborrecible á Dios que Esaú, como san Pablo dice, y sufrió Dios porque á la tercera ó cuarta generacion habia de nacer dél Job? Y asimismo sufrió á los egipcios, siendo tan abominables idólatras, por los monesterios de santos ermitaños que allí habia de haber. Y trae allí una comparacion, que las leyes de los romanos mandaban guardar las preñadas aunque fuesen grandes sus delitos, hasta que pariesen, por no matar con la delincuente al inocente. Pues si hacen esto las leyes humanas (dice este santo), ¿por qué no lo hará Dios para aguardar en los frutos la penitencia? Y torna allí á decir que si se diera Dios priesa á castigar no tuviera su Iglesia á san Pablo, si luego que pecó le castigara; por eso, dice, le sufrió y esperó, siendo blasfemo, para que su paciencia nos le diese penitente. De lobo ¿quién le hizo pastor? La paciencia de Dios; ¿quién hizo de un publicano un evangelista? La paciencia de Dios, que tuvo piedad de nosotros y los convirtió á todos. Así lo hace agora. Cuando vieres un hombre vicioso, bebedor, que agora ayuna; ó al que era blasfemo, agora teólogo y predicador; si al que antes no dejaba de la boca cantares sucios y deshonestos vieres empleado en salmos y alabanzas divinas, no te maravilles sino de la gran paciencia de Dios, y di: Esta es mudanza de la mano de Dios, porque Dios para todos es bueno; pero su paciencia en los pecadores se señala. Lo mesmo dice en otra parte, comparando á Dios al médico, que no aplica siempre tan fuerte medicina cuanto requiere la fuerza del mal, sino cuanto puede sufrir el sugeto que le padece; así Dios cuanto basta para sanar, y no para destruir, al pecador.

Esta paciencia comenzó Dios á usar desde el punto que hubo pecadores á quien sufriese ó perdonase. La primera usó con los ángeles que pecaron, pues siendo tan grave su pecado, que fueron los que inventaron el pecar y lo enseñaron á los hombres, como dice el Espíritu Santo, que desde el principio peca el diablo; y á los judíos pecadores llamó hijos del diablo, diciendo: Vosotros teneis por padre al diablo. Con ser tan grave el pecado del demonio, tuvo Dios paciencia, que aunque le castigó echándole al infierno, harta paciencia tuvo, pues no le aniquiló. Luego la tuvo con nuestro padre Adán; y cuando menos parece que la tuvo, fué en el general castigo del diluvio, y entonces le dolió el corazón por haber de castigar al hombre, y esperó ciento y veinte años. Desde allí ¿cuántas ofensas, cuántas idolatrías y abominaciones sufrió á su pueblo hasta la venida de Cristo? Cuántas desde su nacimiento hasta su pasion, y de allí hasta la destruccion de Jerusalem? Y ¿cuál halló san Pablo al mundo? ¿Qué de pecados cuenta dél porque no quisieron tener á Dios en su consideracion! y ¿cuánto ha sufrido desde allí hasta nuestros tiempos? De donde podemos tener mayor experiencia de la paciencia de Dios, pues los pecados están en su punto con tanta desvergüenza, y con tanta obligacion de no

haber ninguno, por los raros y admirables ejemplos que desde que el unigénito Hijo de Dios vino al mundo se nos han propuesto, y los beneficios que de su mano hemos recibido, y las amenazas que nos ha hecho con las mudanzas, novedades y juicios suyos que hemos visto y leemos. ¿Cuánto es el olvido? ¿Cuánto el desprecio y el poco temor de la ley de Dios? ¿Qué mandamiento hay en ella contra quien no haya cada día nuevas invenciones de pecados? ¿Quién hay que pueda decir: Yo amo á Dios con todo mi corazón, sino cuál ó cuál? ¿Qué ocasión hay tan ligera, que no se lleve sin respecto ni castigo millones de juramentos? ¿Qué modo es el nuestro de honrar y celebrar las fiestas? ¿Cuáles dos están en paz con verdadero amor y caridad, sin propio interés y amor fingido, ó á lo menos frágil? ¿Qué pueblo hay donde parezca mal ni se castigue la deshonestidad? ¿Dónde no se arde todo de adulterios, homicidios, venganzas, avaricias, rancores, envidias, ambiciones? ¿Cuándo menos frecuentados los templos, los sermones y los sacramentos? ¿Cuándo menos plática y memoria de Dios? ¿Cuándo mas priesa á lo terreno, á las haciendas, á los oficios, á los favores? Pues cuando un solo pecado hubiera, es de tanta malicia y ponzoña y enoja tanto á Dios, que con justicia, y sin ser riguroso, bastaba para acabar el mundo, ¿cuánto mas habiendo tanta desvergüenza en el pecar? Pues si juntamos con esto la multitud de la infidelidad extendida por ese mundo: tanto moro, tanto turco, idólatras, herejes, ¿qué hallaremos en que estribar para que Dios no nos acabe?

Cierto no la hay mas que la paciencia de Dios, que tanto mas se conoce su grandeza cuanto mas la consideración descubre los pecados que la provocan; y juntamente cuán al revés se ha Dios con nosotros de lo que los pecadores merecemos, que en lugar de acabarnos, dice por Jeremías que con cuidado envió á su pueblo sus siervos, los profetas, á predicarlos, levantándose de noche á enviarlos. Y por otro profeta dice que envió muchos profetas y multiplicó las visiones y profecías, en que da á entender la paciencia y sufrimiento, y la gana y deseo de que el pueblo se convirtiese, y esto es para ejemplo nuestro; que si á cada ofensa pudiésemos y nos fuese lícito tomar la venganza, ya no habria mundo, acabándole nuestra cólera, sino para que probemos primero todos los medios para reducir nuestros hermanos á buen camino, pues que Dios, que no debe á nadie nada ni de nadie espera nada, ni tiene precepto ó consejo de nadie, lo hace así. ¿No ves con cuánta paciencia y bondad envía (como él nos advierte) su sol sobre los que le ofenden, su luz sobre los idólatras que le quitan la honra, para darla á piedras y palos; sobre los judíos que mataron á su Hijo, sobre los turcos, que tienen ocupada la Tierra Santa, donde su Hijo nació, anduvo y padeció, y obró tan inestimables maravillas; sobre los herejes que persiguen y blasfeman su santa Iglesia católica; el agua, el rocío, las influencias del cielo, los ministros de los elementos, los oficios de los tiempos, el calor del sol, la humedad del aire, el frescor del agua, la fecundidad y fertilidad de la tierra? ¿No les da haciendas, hijos, contentos, reinos, vasallos, fuerzas, vida y salud? Todo esto ¿no lo

comunica Dios á todos los ingratos? ¿Quién podrá decir, ó para qué se ha de advertir, siendo tan claro, cuántos pecados enormísimos y maldades se cometen cada hora delante de sus limpiísimos ojos, de todas gentes, aun de los que profesan su fe, servicio y amistad, sin vergüenza ni respecto ninguno?

Verdaderamente dice muy bien Tertuliano que llega su paciencia á que tomen ocasión los gentiles y digan no tiene cuidado del mundo ni cura ni hace caso de lo que en él se hace. De manera que esta su paciencia, por la malicia de los hombres, es perjudicial á su honra, que le tienen por ciego, sordo y dormido. Que venga uno á decir que no hay Dios, otro que ha desamparado los hombres, otro que se anda por los quiciales del cielo, no curando de la tierra; como no sea ninguna destas la verdad ni la causa, sino la paciencia de Dios, nacida del deseo que tiene que nos salvemos, segun aquello que san Pedro dice: Usa de paciencia por vosotros, deseando que ninguno perezca, sino que todos se conviertan; la cual tanto mejor se entiende cuanto los hombres somos mas coléricos cuando nos hacen algun enojo, que apenas esperamos al segundo, y casi nunca al tercero. Y cuando en alguna historia leemos que algun hombre ó pueblo ha quebrantado la fe dada, ó sido ingrato á quien le perdonó, no podemos sufrir que mas sea perdonado.

San Juan Crisóstomo, hablando desta paciencia de Dios, dice que Dios la tiene con los hombres, no para que, puestos los ojos en ella, añadamos pecados nuevos; porque antes, así como nosotros los vamos añadiendo, va Dios tambien añadiendo mayores castigos para ellos y para los pasados; porque, si alguno pecó como Faraon, y no se ahogó como él en la mar, queda otro mar de infierno donde ahogarle; y si otro tiene pecados de Sodomia y no envía Dios fuego del cielo para abrasarle, es porque, si no hace penitencia, se le tiene aparejado mayor en el infierno; y así, de los que no fueron mordidos de las serpientes en el desierto queda el gusano que perpetuamente les ha de roer, y para los perjuros el temblor de dientes, porque no falta quien con esta confianza peque, como David decía: ¿Por qué pensáis que está el impío pecador haciendo cocos á Dios, esto es, pecando delante de sus barbas? Y responde él y dice: La causa es, porque en su corazón está diciendo que no tratará Dios dello ni tomará cuenta. Pues eso dice san Juan Crisóstomo, que muy buena cuenta tiene y muy estrecha la ha de tomar, pues va haciendo sus partidas de penas eternas, conforme á las de las culpas, y tanto mas graves las penas cuanto las culpas son mas y con mas desagradecimiento repetidas. Esto es lo que san Pablo decía á los romanos con tanto espíritu y celo. ¿Piensas tú, hombre que juzgas á los que pecan, que cuando los imitaras huirás y escaparás el juicio de Dios? ¿O es que desprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad? ¿No sabes que la paciencia y bondad de Dios con que te espera, te va convidando y moviendo á penitencia? Pero tú eres tan duro y tan impenitente, que con tu dureza atesoras ira y enojo contra tí para el día de la ira y justo juicio de Dios que ha de pagar á cada uno segun sus obras; así que, no nos descuidemos ni aseguremos, pecando y dilatando la conversión, con-

fiados desta paciencia, pues no se tiene para que peques, sino para acabar pecados; que lo que se ordena para perdonarlos no ha de ser para cometerlos (como dice el derecho); que si hubo un ladrón bueno á quien Dios esperó y sufrió toda su vida, y le salvó al cabo della por esforzar los pecadores grandes y animarlos á su conversión, tambien quiso que fuese solo para que no nos atrevamos á usar mal de su paciencia, esperando á salir de pecado hasta aquella hora. Gran loco seria el que por haber visto una vez en Valladolid que por pasar un ahorcado por las casas reales y haberle visto llevar una persona real, y por eso haber escapado la muerte, hiciese él muchos delictos que la mereciesen, confiado de que quizá escaparia como el otro escapó, no habiendo sucedido cincuenta años mas que una vez; pues así es el que con descuido y á placer peca, confiado de la paciencia que Dios suele tener con los grandes pecadores toda la vida, y con el buen ladrón en la cruz. El Sabio dice: No digas: La misericordia de Dios es grande, el habrá merced de mis pecados. Pues ¿por qué no lo tengo de decir? ¿Es caso de inquisición decir que es Dios misericordioso y confiar en su misericordia? El mismo responde luego: No añadas pecados á pecados, porque tan buenos piés tiene la justicia de Dios como su misericordia, y tan presto llegará la una como la otra, y aun la ira de Dios está asestando y mirando para tirar á los pecadores; pues esto dice san Crisóstomo, que no nos sirva la paciencia de Dios para pecar con mas licencia. De lo que nos ha de servir es de imitarla y tenerla á su imitación con quien nos ofende y en nuestros trabajos; porque si el que no teme á nadie ni debe á nadie ni está sujeto á nadie tiene paciencia y espera y perdona á quien le ofende, ¿qué mucho que un gusanillo miserable, que todo lo que padece debe, y mucho mas (y sin que debiese mas que el pecado original, está sujeto á miserias y trabajos), los padezca con paciencia y sufrimiento, mayormente agra-

dando en eso á quien tanto debe, como á Dios, y que tan largamente le ha de pagar este sufrimiento?

Pero porque hemos dicho tan encarecidamente de la paciencia y sufrimiento de Dios, con que espera que los pecadores se conviertan, es bien advertir que hay algunos pecados que, por justos juicios suyos y por lo que él se sabe, le suelen acabar mas en breve la paciencia, segun de las divinas letras se colige, para que el pecador esté advertido que en ellos (y quizá hay otros que yo no sé ó no digo) ha de andar mas recatado delante de Dios y menos seguro. El primero, el pecado de los murmuradores que ponen lengua en los sacerdotes y siervos de Dios, y hacen destorisa y conversacion, cuyo castigo repentino está en el cuarto libro de los Reyes, á los capitanes quincuagenarios á quien el fuego del cielo mató repentinamente. El segundo, de unos padres y madres que enseñan á sus hijos y hijas á pecar, como los que porque oían decir malas palabras á sus padres fueron comidos y despedazados de los osos del bosque. El tercero, de los que tratan sin reverencia los sacramentos y profanan los lugares donde se honra la sangre de Cristo, como Oza, y lo que san Pablo dice, que por la poca reverencia del Sacramento del altar habia muchas muertes y enfermedades entre los de Corinto. Los avarientos que ponen sus esperanzas en los bienes de la tierra, olvidados de quien se los dió y de los pobres, como aquel rico del Evangelio que se requiebraba con sus talegones y su trigo, etc. Los que no castigan sus hijos, como Heli, que murió cayendo de la silla. Los glotonos, de quien el salmo dice que vino sobre ellos la ira de Dios estando con el bocado en la boca; ¿qué será de una mesa profana donde, sin temor de Dios, se comen en demasía carnes vivas y muertas? Como aquel mal rey Baltasar, que desde la mesa leyó su sentencia y aquel día se ejecutó; pero lo ordinario es tener Dios gran paciencia con los pecadores.

LIBRO SEXTO.

DE LOS REMEDIOS CONTRA LA IMPACIENCIA CUANDO EL TRABAJO ESTÁ YA PRESENTE.

PROLOGO.

Aunque va todo este libro encaminado á persuadir la paciencia á los afligidos y trabajados, como por el discurso dél ha parecido; pero, porque muchas veces asaltan á un hombre las adversidades tan repentinamente, que podrian llegar tarde las consideraciones pasadas, y emprezar el que padece con la aflicción de leer el libro en que para remedio del presente trabajo seria necesario leer muchas hojas y en ellas consuelos generales, y hacer algun discurso para aplicarlas á la presente necesidad; sirve aqueste sexto libro de dar otros algunos remedios mas breves, y como preparativos que con mas fuerza y brevedad esfuerceen los ánimos en cualquier priesa de tribulación y asalto repentino del corazón, como acaece al que después de media

noche ha de recibir algunas píldoras, que, como son para el estómago manjar extraño y contrario al apetito, no obstante que vayan doradas y pequeñas por el temor de las bascas que suele el estómago padecer, se apercebe de parte de noche de un paño que se moje en vinagre fuerte en que huela, una aceituna en que muerda, y un membrillo en que haga lo uno y lo otro, ó otras cosas de semejante fuerza y virtud para detener lo que así se recibe, y á veces se usa de todas juntas cuando el olfato ó el gusto se ofende mucho de aquel mal olor ó amargura. Así nuestro apetito, tan enemigo de aflicciones, sabiendo que aun con muy livianas ocasiones suele tener algunas muy repentinas, conviene tener algunos remedios á mano para poder reprimir fácilmente sus bascas, que en este caso son la impaciencia, cuales son los que en este sexto libro se contienen, que son unas